

tres cuadras hacia el oeste del convento de la Merced, se quemó las niñas de los ojos con chispas que le saltaron mientras trabajaba un hierro caldeado al rojo. Fray José le puso los dedos en los ojos, le extrajo los residuos de hierro y sin otra cura alguna quedó el enfermo completamente sano.

Más adelante figura en el libro otra historia incomparable, contada de esta suerte:

“Cierta devoto le regaló unas perdices para que con ellas confeccionase un plato exquisito y apetecible y lo tomase a nombre del donante.

“Así lo efectuó, preparándolas perfectamente. Las llevó a la celda, y despojándose de su sayal y de rodillas, se preguntaba: “¿Fray José, quieres perdices?” “¿Te gustan las perdices?” Y diciendo y haciendo dábale recios disciplinazos.

“Un religioso lo observó de propósito y corrió a llamar al padre Prior para que lo presenciase, y al venir con ese objeto, encuentran ya a Fray José que se dirigía a la celda de aquél, a quien le dice: “*Sírvase V. P. de estas perdices. A. V. P. le harán más provecho que a mí*”. Lo mismo acaeció, en otra circunstancia, con un poco de bacalao con que lo obsequiaron.

“Muchas veces lo vieron por los claustros dando de palos a una sombra. Mas no se acertó a averiguar lo que fuese.

“Le vieron caer en tierra y estrellarse contra las paredes impulsado por fuerza invisible. Los criados, juzgando fuese debilidad, decíanle, en tono jocoso: “*Mire, Fray José, qué empujón le ha dado el Demonio*.”

“A lo que él contestaba: “*Hermanos: con ése no hay que jugar. Es menester permanecer siempre alerta y darle de palos.*”

Y así todas las páginas del libro se inspiran, con retórica pobre y sencilla, en la mansedumbre ingenua de fray José. Al final hay algunas composiciones poéticas que a su memoria dedicó el famoso patriota de la independencia fray Cayetano Rodríguez: He aquí ésta que confirma uno de los más calurosos elogios que hace fray Reginaldo:

*Conservó con tanto empeño  
La flor de su castidad,  
Que no tuvo libertad  
Para además más pequeño.  
Jamás su rostro halagüeño  
Sus ojos puso en mujer;  
No se atrevió a exponer  
A tal peligro esta flor  
¡Que marchita su candor  
Al sólo dejarse ver!*



### Beethoven

Romain Rolland ha escrito últimamente este admirable retrato de Beethoven:

Era bajo y prieto, de traza sana, de compleción atlética; tenía la cara grande, color de almagra—menos al fin de su vida, que se tornó su tono enfermizo y amarillento, en el invierno sobre todo, cuando él vivía encerrado, lejos del campo—; la frente poderosa y abultada; los cabellos negrísimos, sumamente espesos y erizados por doquiera, cabellos en que el peine parecía no haber entrado nunca: “las serpientes de Medusa”; sus ojos brillaban con tan prodigiosa intensidad, que se hacían dueños de cuantos los miraban, pero casi todos se engañaron sobre el color de estos ojos; como llameaban con resplandor salvaje en un rostro obscuro y trágico, se los creía, generalmente, negros; mas no eran negros, sino de un azul grisáceo; pequeños y hondamente escondidos, la pasión o la cólera los dilatada bruscamente, y entonces giraban en sus órbitas, reflejando todos sus pensamientos con una maravillosa verdad; a menudo se volvían al cielo con mirada melancólica...; la nariz era chata y grande, una jeta de león; delicada la boca, con el labio inferior avanzando sobre el otro; temibles las mandíbulas, que hubieran podido cascar nueces; en el mentón, a la derecha, un hoyuelo profundo daba una extraña disimetría al rostro. “Sonreía bondadosamente, dice Moscheles, y, al conversar, cobraba casi siempre un aspecto amable y alentador. En cambio su reír era desagradable, falso, violento y rápido”: la risa de un hombre que no está habituado a la alegría. Su expresión ordinaria era de nostalgia, “una tristeza incurable”. Rellstab dice (en 1825) que tiene que dominarse con todas sus fuerzas para no llorar al ver “sus dulces ojos y su dolor penetrante”. Braun von Brauntal lo encuentra, un año después, en un café: sentado en un rincón, fuma una larga pipa cerrando los ojos, como él hace más a menudo cada vez, a medida que se va acercando a la muerte. Si le habla un amigo, Beethoven sonríe amargamente, saca de su bolsillo un librito de conversación, y con esa voz chillona que cobran los sordos con frecuencia, le pide que le escriba su pregunta... El rostro se le transfiguraba, ya en los raptos de inspiración súbita que de improviso le acometían, hasta en las calles, y que eran la extrañeza de los transeuntes, o cuando se creía so-